



*Colección Académica de
Ciencias Sociales*

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



MORAL Y POSCONFLICTO, O LA RECONSTRUCCIÓN DEL TEJIDO SOCIAL MODERNO COLOMBIANO

Mario Germán Gil C.

PhD en filosofía. Líder del grupo de investigación Humanidades y Universidad. Docente del departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Santiago de Cali. Última publicación. Sartre filósofo. Ontología de la acción. Editorial Porrúa, México. 2016.





Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)

MORAL Y POSCONFLICTO, O LA RECONSTRUCCIÓN DEL TEJIDO SOCIAL MODERNO COLOMBIANO

PAG 69

Mario Germán Gil C.

RESUMEN

El presente escrito gira en torno al problema de la moral y el posconflicto, y del papel de la escuela en la construcción de un sujeto que rompa dos herencias, que han impedido la modernidad en nuestro presente colombiano: una moral pastoral-escolástica y el fracaso de la moral formal moderna liberal. Ante los cuales se propone desde la educación una ética de sí mismo, en la consolidación de unas subjetividades radicalmente distintas hasta ahora. Por ello dicho ejercicio del desarrollo humano que rescate las autonomías comunitarias con el acompañamiento de lo pedagógico, puestas de cara al momento del proceso de paz y particularmente al posconflicto hace un llamado del retorno a lo comunitario, como aquellos procesos singulares de tejer propuestas venidas de lo cotidiano, de lo local, que generadas desde lógicas del sentir, restituyan comunidades constructoras de sus propios destinos, donde no tengan cabida lógicas racionales que sólo miden el impacto del avance tecnológico científico, donde se olvida el sentido de tener una existencia en libertad y convivencia mutua de lo humano con la naturaleza, lo cual quizás obligue a deconstruir formas de pensar donde la palabra este en coherencia con lo que se dice y de hace.

*

Hablar de problemas de exclusión y de inclusión social en una sociedad que a lo largo de su historia ha estado surcada por ellos, desde su gestación hasta su nacimiento y en el posterior proceso de maduración como Estado, ha sido complejo y difícil, máxime cuando el espíritu que la mueve ha estado cimentado por una mentalidad y unos hechos de orden pre moderno o colonial, rayando en un comportamiento escolástico que ha moldeado la postura y las diversas moralidades del colombiano. ¿Qué hacer para ser radicalmente modernos? Lo referente a la moral, al igual que el problema de la tierra, se constituye en un eje central del modo de ser colombiano, que posa de ser moderno en su espíritu y moral conservadora o, mejor, la vida moderna invade sus vidas, sin cambiar para nada lo que ha sido a lo largo de su historia. En este orden de ideas, ¿cómo aceptar al Otro, a los Otros en el postconflicto, yendo más allá del problema económico y social? Pues se puede sanar una enfermedad o herida corporal, se puede sanar una herida económica mediante la restitución de los bienes por medio de negociaciones, se puede sanar una herida social; pero una herida moral es compleja en su sanación, ya que detrás del perdón

Mario Germán Gil C.

PhD en filosofía. Líder del grupo de investigación Humanidades y Universidad. Docente del departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Santiago de Cali. Última publicación. Sartre filósofo. Ontología de la acción. Editorial Porrúa. México. 2016.



SECCIONAL PALMIRA



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

se esconden el odio, la venganza, el resentimiento del marginamiento y de la exclusión, los cuales no se solucionan de manera instrumental. En este sentido, en el accionar de toda moral se encuentra una historia, una tradición, una raíz, una manera de ser, que una vez despojados y heridos provocan situaciones inimaginables en aquellos que pasan por dicha situación, desde cruzadas morales hasta acciones violentas con rostros distintos que desembocan en situaciones delincuenciales o de desarraigo social.

Por mucha libertad formal que exista, que de hecho se da en la maltrecha Constitución del 91, se esconden otras realidades. "Por detrás de estos datos simples se esconden realidades sociales deplorables y orientaciones políticas que dejan muy mal paradas a las vidas públicas nacionales de aquella época" (Honneth, 2014. P. 25). Y aunque este autor se refiere a la Europa de mediados del siglo XX, sus palabras son válidas para nuestro contexto. ¿Qué es la moral en aquellos que están por fuera del juego? Es quizá la pregunta que puede atravesar esta reflexión desde diversas miradas, ángulos o actitudes plurales en el ámbito escolar. ¿Cómo se da una moral en un mundo crítico, de miedo, de olvido, en los bordes y grietas, que representa en la vida de todos aquellos afectados, no sólo por el conflicto, sino por su condición de minoría? ¿En los que quedan las huellas psíquicas y morales como víctimas, como ignorados o como excluidos?

¿Qué importancia amerita este tipo de análisis en una sociedad excluyente como la colombiana, que a diario, a pesar de los acuerdos, discursos y

diferentes programas, vive el desconocimiento del Otro en sus variadas expresiones, desde lo cultural, lo educativo, lo religioso, lo político, lo económico, hasta la vida cotidiana? ¿Hacia dónde puede conducir, en términos políticos, la experiencia de desprecio social y de exclusión que han vivido algunos sectores de la sociedad en Colombia? ¿Qué aportes pueden darse desde esta reflexión para una sociedad en el postconflicto? Estos interrogantes plantean el reto de construir un proyecto común de país y de democracia, superar los intereses particulares de personas y grupos de presión políticos y económicos. El logro de dicho propósito pasa, necesariamente, por el fortalecimiento de la educación del sujeto colombiano a partir de su inclusión y no de su exclusión, lo cual nos daría posibilidades de un verdadero reconocimiento de los Otros, de las otredades, no formalmente (que el derecho y la Constitución reconocen al interior de los mismos), sino de hecho, con políticas educativas incluyentes, en las cuales el Otro, que ha sido marginado, se sienta amplia y vitalmente incorporado, que pueda hablar activamente como excluido, como víctima, evitando ser representado y burlado.

Dar la palabra al Otro, en nuestro caso al educando, escucharlo y respetarlo, genera un clima de democracia participativa de quienes integran una comunidad o una sociedad, portadora de razones, con un alto sentido de exigencia crítica de su parte. (Gil, 2013, p. 63)

Por tanto, el Otro se vuelve una experiencia fáctica y no mental, retórica o formal en nuestro estudio. Así, el Otro como experiencia fáctica se encuentra



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

interactuando en el aula, en la escuela, en el entorno al que pertenece, donde posiblemente estaría una política del reconocimiento, cuando interactuamos en su mundo real, que puede ser el mundo del desplazado, del marginado, de la víctima, de las minorías, entre otros, con el cual compartimos una realidad y un espacio urbano que inciden de manera desigual en todos nosotros.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de una moral en el posconflicto? ¿Qué papel juega ella en el currículo escolar? ¿Cuál es la actuación de la escuela en torno a ella? Es innegable que el rol de la escuela en la formación de sujetos, que puedan superar las heridas de la violencia política de nuestro país es clave, en lo que sería la formación de una voluntad ciudadana radicalmente moderna. En los lineamientos curriculares esta voluntad es central, en especial desde una postura filosófica del sujeto educando, en la construcción de una ciudadanía autónoma como lo vemos en los lineamientos curriculares de las Ciencias Sociales y del papel de la ética en la vida de los educandos. Es decir, una ética radicalmente moderna para tiempos de posconflicto.

¿Qué nos dicen al respecto los olvidados lineamientos curriculares? "Lo que sucede en lo social, lo político, lo económico incide en lo educativo y exige cambios en el papel de la educación, en sus contenidos, en su gestión y en los logros que se esperan de ella" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p.15). Es decir, la escuela y la educación han de estar a la altura de las exigencias para nuevos cambios democráticos de nuestra sociedad: caso contrario se

vería rezagada, dogmática y sin propuesta alguna; es más, se convertiría en una escuela de educación instrumental como sucede en nuestros tiempos. Se requiere una escuela contextualizada, en todo el sentido de la palabra, que pueda responder a los grandes problemas de la modernidad y las demandas de los sujetos escolares. O sea: "Atención a la necesidad de mejorar la calidad de vida, de conseguir mayor justicia y equidad y de hacer posible la participación ciudadana y la convivencia pacífica" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p.15). Quizá sea posible, en la construcción de un sujeto ético con capacidad de decisión y de respeto por la vida, que permita: "Despertar de un espíritu democrático, de participación y de solución civilizada de los conflictos a pesar de muchas dificultades" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p.15). Lo anterior exige repensar la educación para una sociedad del posconflicto, pues además de dar oportunidades de orden económico y social, se precisa de un sujeto ético, cuya mentalidad sea radicalmente diferente a la postura violenta y de sumisión en el momento de abordar los conflictos que se nos presentan. ¿Qué mejor lugar, entre otros, que la escuela en la formación de un sujeto ético con posturas democráticas para la vida? Los lineamientos curriculares la señalan como el lugar que nos sirve para interrogarnos acerca de quiénes somos como sujetos pertenecientes a una comunidad, grupo social, país o cultura; ante todo, cómo nos reconocen los demás como parte de una sociedad universal, en medio de la diversidad, llamando la atención en la construcción de un proyecto de nación, que en Colombia es bien complejo en su propósito, siendo una



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

de las causas del conflicto. El fin es construir una ética moderna, dentro de la diversidad y en el respeto hacia los demás en medio de las diferencias. Precisamente tanto la escuela como la educación, deben brindar los medios para este fin que ha de involucrar a todos, puesto que son muchos los elementos culturales que contienen respuestas para ese tipo de as. Las cosmovisiones, las teorías antropológicas, psicológicas, pedagógicas y también los mitos, algunos ritos, los cuentos, las artes reflejan lo que pensamos, hemos vivido y proyectamos como personas y como grupo. (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 31)

De modo que la ética, como la educación, no pueden estar al margen de lo social, que es el mundo de los seres humanos, en el que se ponen a prueba la autonomía y la libertad, signadas por las tensiones y conflictos de los juegos del poder, en donde muchas veces nos descubrimos empobrecidos, sometidos en franca desigualdad en todos los órdenes, todo ello alimentado por dogmas morales que nos impiden abrir los ojos a otras posturas. En otras palabras, la ética se ejercita en el reconocimiento de hecho del Otro y no de un reconocimiento formal que de nada vale, pues queda en letra muerta. “El desarrollo de la capacidad de vivir juntos requiere reconocer y valorar a los otros como personas, como interlocutores válidos; requiere la comprensión de la diversidad como una riqueza” (Ministerio de Educación Nacional, 1998, 39).

Sabemos que la moral, tal como se la ha asumido, está atravesada por discursos y prácticas institucionales de poder, que impiden su libre

circulación; es lo que la escuela, a pesar de su institucionalidad racional, ha de cultivar, si quiere un clima de disenso moderno, en el que la subjetividad se construye libremente en la ética. De modo que el espíritu de los lineamientos curriculares, en lo que respecta a nuestro tema de reflexión, está centrado en el mundo de la modernidad para Colombia, como respuesta a un espíritu pre moderno violento y de sumisión dogmática en el mundo moral donde:

Los diferentes intentos de explicar y comprender la sociedad que vivimos, de clarificar las tareas del hombre contemporáneo, se relacionan, en uno u otro sentido, con la crítica de la herencia ética de la Modernidad que se encarnó en los ideales de libertad, solidaridad, igualdad y justicia. (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 61)

Es decir, para ser modernos se ha de pasar de la maltrecha confianza de la Ilustración, que en Colombia ha fracasado ante el componente tan arraigado y colonial de la tradición de sociedades alejadas del mundo moderno o de la modernidad, cuyo único norte es la voz del absolutismo colonial. De modo que nos enfrentamos tanto en la escuela como en la educación a dos grandes problemas en la formación ética del educando: Una moral de servidumbre y de miedo y una ética moderna de la Ilustración. ¿Qué hacer? Ante todo ¿cómo la ética puede aportar elementos que puedan ayudar a una sociedad del posconflicto? Desde luego precisamos de una ética que responda a nuestro presente, que ayude a resolver los problemas que aquejan a los sujetos sociales; es cuando podemos hablar de una ética que



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

parta del cuidado de sí mismo y del cuidado de los Otros, que permita asumir una posición autónoma y crítica en su consolidación tanto en la escuela como en la educación. "El hombre, como agente moral, no nace, se hace, dentro de las prácticas educativas" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 62). En lo que sería un sujeto moral.

¿Qué sentido tiene una ética del dominio de sí mismo en la educación para una sociedad del posconflicto? Antes de abordar el fenómeno educativo, una ética del dominio de sí mismo implica una nueva y radical mirada hacia el sujeto contemporáneo, en el que el mismo sujeto es quien construye un mundo ético que le permita reflexionar no sólo sobre la moral, sino que le facilite navegar en el mundo ciudadano con plena independencia, y no aquella que se da en la obligación del mero deber ser, no, es aquella que exige un conocimiento, dominio y gobierno de sí, que procure una vida libre sin menoscabo de los demás, en lo que sería una conversión o transformación espiritual de la vida humana; cosa que de paso no la da una moral pre moderna, mucho menos una moral asumida como dispositivo racional. Esta ética del dominio de sí mismo implica al ser en su saber, que olvidamos u ocultamos, pues no hay la pregunta por lo que soy, sino por lo que tengo. De modo que lo que debe proponer tanto la educación como la escuela, es un ser activo, constructor y participativo de los asuntos ciudadanos y no a partir de la arbitrariedad, la desigualdad y la violencia, con menoscabo de los más desfavorecidos, puesto que:

La educación como práctica social que busca aportar,

coadyuvar en la construcción del sujeto humano como sujeto moral, debe entre otras finalidades ayudar a desarrollar esa capacidad humana reflexiva que le permite al niño, al adolescente, al adulto (de diferente manera a cada uno) hacerse participante, agente activo de la vida social, de su propia vida, dándole uno u otro sentido a su existencia; hacerse responsable de sus actos, sentirse implicado en los problemas de la sociedad en que vive. (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 63)

Por tanto, la ética tanto en la educación como en la escuela ha de centrarse en la formación de este nuevo sujeto, no en el cultivo de unas mal llamadas habilidades morales, que es lo mismo que ya hemos probado con otros discursos. Podemos decir que hay una especie de burla hacia este componente ético, en una sociedad autoritaria, como lo señalan los lineamientos curriculares. Así, hay una exigencia, un ansia de participación y autogestión de las diversas expresiones que se dan, no sólo en la escuela (como los educandos, los maestros), sino de los movimientos culturales, aborígenes, raizales, de género, de opciones de vida, que Colombia necesita profundizar. "Lo cual nos potencia como sujetos éticos, como sujetos conscientes, responsables, activos frente a las condiciones que vivimos" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 65).

Vistas así las cosas, la ética, desde una postura reflexiva, sirve para la evaluación de lo que somos como sujetos individuales y como sujetos sociales, lo cual ha de fijar su posición frente al entorno. Por ejemplo, ante fenómenos de corrupción, de



violencia frente a los Otros, de los marginados, de los excluidos, de los desplazados, de los inmigrantes, de la destrucción de la naturaleza, etc. Por tanto, es una ética reflexiva, crítica y activa en un contexto intersubjetivo, que precisa el colombiano, para facilitar nuevas formas de vivir en sociedad, en las que prime el reconocimiento del Otro, en medio del disenso y la complejidad que de él se desprenden como desafío, para una sociedad, para unos sujetos deseosos de salir de un pasado feudal y colonial en su manera de pensar y de comportarse. Pues una ética del dominio y del gobierno de sí mismo precisa del espejo del Otro, como lo argumenta Sócrates en el Alcibiades de Platón, lo cual nos lleva a un reconocimiento que fortalece cada ética en particular.

Lo anterior no quiere decir que vamos a vivir en una sociedad idílica, plenamente consensuada, al contrario, los problemas seguirán presentándose, los conflictos sociales e individuales proseguirán, también la violencia, pero todo en otro contexto, en otro plano radicalmente diferente en las relaciones intersubjetivas de los individuos. En este sentido, el aporte de la escuela y la educación es vital en la consolidación del principio subsidiario que se ha de dar entre los individuos, a fin de superar el espíritu antidemocrático presente en nuestro entorno, el cual forma seres humanos dependientes, pasivos y sumisos en todos los ámbitos, rayando en la indiferencia y la prohibición de los mismos frente al contexto en el que viven. La ética y la moral, son en últimas una cuestión de acción, que sin temor alguno debe cultivar la escuela.

En este contexto, la institución escolar tiene un papel fundamental, en la medida que se haga parte de estos desarrollos sociales haciendo partícipes a los alumnos de la organización de la vida escolar y responsables de su propia educación, en una búsqueda para formar individuos conscientes de sus responsabilidades individuales y colectivas; de igual manera, haciéndose el maestro también un agente activo con criterios propios sobre la práctica educativa, dispuesto a la discusión y a la crítica y no un simple ejecutor. Prácticas que podrían llevar a que la autonomía se convirtiera en uno de los criterios orientadores de la vida de la escuela. (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 72)

La formación ética del dominio y gobierno de sí mismo apunta en su espiritualidad a la interioridad, a la subjetividad de cómo el sujeto se construye a sí mismo en relación con los demás de manera sensible, en otras facetas de su vida como la cultura, la estética, además de lo social y lo económico, en los que se puedan construir fuertes lazos de amistad política entre los miembros de una sociedad, de una comunidad, de una asociación, donde el principio ético sea el eje central de sus actividades diarias.

En síntesis, una ética para el posconflicto no ha de seguir viviendo en una moral pre moderna, amparada en el desconocimiento de los Otros, la violencia, el dogmatismo y la sumisión; es necesario romper el nudo gordiano de este constructo moral en el pensamiento de gran parte de los colombianos, tal como lo hizo Alejandro Magno con el imperio persa; pero hacerlo implica romper con viejas prácticas del



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

poder dominante en la escena colombiana, lo cual exige una real apertura de la democracia. Por tanto, hay que cultivar desde la escuela una ética del conocimiento, del dominio y gobierno de sí mismo, como principio de libertad, que permita actuar con los Otros de manera clara, sincera, en la superación de una "Cultura" artificial del conflicto que se nos ha impuesto a lo largo de la historia de Colombia.

Se busca así superar el obstáculo moral heredado del mundo colonial e hispánico, que sigue agobiando nuestras vidas de manera confesional, rompiendo no sólo con el atraso y la desigualdad social, sino con la conductas humanas violentas, implicando la reconstrucción del tejido social de manera real y no de forma artificial entre los actores sociales, muchos de ellos a espaldas de amplios sectores de la población, a los que se suman factores de excesiva concentración de la riqueza y de la tierra, de corrupción, de delincuencia organizada y de economía ilegal violenta, sumados a la destrucción moral del tejido social como se puede ver en amplios sectores urbanos del país. Al respecto vale citar los Lineamientos curriculares en educación ética y valores humanos. "¿Qué ideales colectivos hemos construido?, ¿qué valores orientan nuestra acción social?" (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 41). Ante este panorama, tenemos un ethos de una sociedad para el posconflicto fragmentada. En consecuencia, debemos tener una escuela para el cambio, que ayude no solo a solucionar los problemas que surjan del posconflicto, sino para la reconstrucción del tejido social, ausente en la mayoría de las veces de las mesas de diálogo político.

Esta situación exige que la acción educativa, en el campo de la ética y la moral se oriente a la formación del sujeto moral con capacidades y actitudes que lo comprometan con la construcción de un proyecto de vida propio y un proyecto ético que en el campo de lo social sustente el fortalecimiento de la sociedad civil. (Ministerio de Educación Nacional, 1998. p. 45)

De modo que son esos desarraigados, esos desplazados, esos marginados, además de los ciudadanos, los que desde un proyecto curricular ético, han de ser llamados a construir la autonomía y la autorrealización del tejido social, que supere el espíritu heredado de una moral colonial, en lo que sería la descolonización del pensamiento, el cual ha impedido que la sociedad colombiana sea radicalmente diferente. Es decir *Il faut être absolument moderne*. «Hay que ser absolutamente moderno». (Rimbaud, 1972. P. 29). Así, la ética del conocimiento, dominio, cuidado y gobierno de sí mismo invita a construir una "nueva" sociedad real en democracia; pues el cuidado de sí mismo implica el cuidado y atención hacia el Otro, hacia los demás, que es el cuidado de la ciudad, en el que la subjetividad tiene un papel protagónico en la conformación de un ethos colectivo, en la consolidación y aparición de imaginarios profundamente abiertos en sus socialización y reconocimiento de los demás como práctica y no como un mero ejercicio retórico de letra muerta. En consecuencia:

Se requiere de instituciones capaces de formar a los ciudadanos modernos, autónomos, responsables y solidarios que se comprometan con la construcción



del país que queremos los colombianos. Estas subjetividades no podrán ser fruto más que de instituciones libres y abiertas, deliberantes y plurales, críticas y comprometidas con la sociedad que las alberga. (Ministerio de Educación Nacional, 1998, p. 62)

Frente a lo anterior, ¿cuál es el papel de la enseñanza de las Ciencias Sociales en la formación del ethos escolar? Indudablemente se debe comenzar por desmontar el discurso, el imaginario ideológico de lo que se ha venido impartiendo en la escuela durante largo tiempo, el cual no favorece la constitución de unas subjetividades altamente participativas y constructoras de sus vidas. Sobra decir que aún falta mucho en este aspecto.

El ethos, tal como se ha expuesto a lo largo de esta reflexión, ha de defender lo que los lineamientos en Ciencias Sociales nos dicen: la condición humana y la diversidad.

Por esta diferencia en la igualdad (que nos da la condición humana) nos lleva a que defendamos el respeto por las múltiples expresiones humanas como son la diversidad cultural, étnica, de género y opciones personales; diferencias que nos recrean y conllevan la búsqueda constante de lo que algunos llaman felicidad y otras realizaciones personales y colectivas. (Ministerio de Educación, 2002, p. 93)

Qué mejor universo que el mundo escolar para poner en práctica lo citado en los jóvenes en plena formación. Obviamente, lo anterior precisa de un currículo escolar cuya mentalidad esté abierta a los cambios que se requieren; ante todo abrir los mecanismos democráticos y no aferrarse a la tradicional idea de un espíritu homogéneo-

normalizado, que impide el disenso y que ha causado tanto daño en las mentes de los educandos. Es decir, precisamos una escuela para la diversidad, un sujeto capaz en su madurez de poner en práctica estos principios éticos y de respeto por la condición humana y por la diversidad, en la posible paz civil, lo que los lineamientos curriculares en ciudadanía llamarían crearse como ciudadano, o sea, a partir de sí mismo y no como norma, como imposición, como una figura abstracta, a la cual se le aplica lo siguiente: aceptamos pero no obedecemos. "Una problemática del mundo moderno ha sido centrar el ser humano en su condición individual de propietario, productor o consumidor, convirtiéndolo así en un sujeto abstracto de derechos y deberes, que ignoraba el ser persona concreta". (Ministerio de Educación, 2002, p. 94)

El sujeto ético propuesto ha de partir de sí mismo y no de la ley o de los meros derechos formales. Si se quiere podemos proponer una ética para la vida. De todas formas se requiere de un contexto político democrático y transparente, en la defensa no solo de lo que la generalidad de los seres humanos busca, sino, ante todo, de la defensa de la vida, como urgencia de carácter inmediato; esto último incluye el entorno natural y políticas claras frente a la pobreza y la desigualdad, hoy profundizadas por el fenómeno de la globalización económica. Como vemos, la defensa de la vida pasa por un buen empleo, una buena educación, una buena atención en salud, entre otros.

Colombia necesita personas que, en cambio de negar la vida y la diferencia, creen gozosamente



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

alternativas de coexistencia; que más que instruirse para poseer, se formen para ser y crecer personal y colectivamente; que más que buscar ideologías seguras, afronten la incertidumbre de la pregunta crítica; que en cambio de buscar exclusivamente la autonomía individual, asuman la moral de la responsabilidad cívica para con sus conciudadanos. (Ministerio de Educación, 2002, p. 101)

En consecuencia, tanto la ética como la democracia constituyen una forma de vida y un paisaje que contemplamos sin interés alguno. "Dicho de otra manera, la democracia es una forma de vivir que se asume viviéndola" (Ministerio de Educación, 1998, p. 13). ¿Cómo aporta la escuela para la democracia y para la paz? Es la pregunta que afronta ante un país en construcción en medio de la globalización y de sus consecuencias. Así, podemos concluir citando a Rubén Jaramillo Vélez:

La característica de un Ethos secular, de una ciudadana –como escribiría ALEJANDRO LÓPEZ 1927 y lo repite en nuestros días FRANCISCO DE ROUX- constituye nuestro mayor problema. Como lo afirma este último, nuestra sociedad ha saltado "del institucionalismo católico a la anomia social" sin haber pasado por un proceso de secularización. (Jaramillo, 1994. p. 49)

Referentes bibliográficos

Gil, Mario. (2015). Subjetividades escolares. Redipe.

Honneth, A. (2014). El derecho de la libertad. Katz.

Jaramillo, R. (1994). Colombia: modernidad postergada. Argumentos. Temis

Lozano, S. La versión musical del desplazamiento forzado en Colombia. <http://cultura.elpais.com/cultura>. Consultado abril 17 de 2016.

Ministerio de Educación Nacional. (1998). Lineamientos curriculares. Magisterio.

Ministerio de Educación Nacional. (1998). Lineamientos curriculares. Educación ética y valores humanos. Magisterio.

Ministerio de Educación Nacional. (1998). Lineamientos curriculares. Constitución política y democracia. Magisterio.

Ministerio de Educación Nacional. (2002). Lineamientos curriculares. Ciencias sociales en la educación básica. Magisterio.

Nietzsche, F. (2010). Fragmentos póstumos. Volumen III. Tecnos.

Rimbaud, Arthur. (1972). Une saison en enfer Gallimard.